

INTRODUCCIÓN

Si se quiere estudiar una concepción del mundo que nunca haya sido expuesta sistemáticamente por el autor-pensador, hay que hacer una labor minuciosa y realizarla con el máximo escrúpulo de exactitud y de honradez científica. Ante todo, hay que seguir el proceso de desarrollo intelectual del pensador, para reconstruirlo según los elementos que resulten estables y permanentes, es decir, que hayan sido realmente adoptados por el autor como pensamiento propio, distinto y superior al “material” anteriormente estudiado y por el cual puede haber sentido, en ciertos momentos, simpatía, al punto de haberlo aceptado provisionalmente y haberse servido de él para su labor crítica o de reconstrucción histórica o científica. Esta advertencia es esencial particularmente cuando se trata de un pensador no sistemático, cuando se trata de una personalidad en la cual la actividad teórica y la actividad práctica están entrelazadas indisolublemente, de un intelecto, por lo tanto, en continua creación y en perpetuo movimiento (C4, I, §1, escrito entre 1930-32).¹

1. A no ser que sea apuntado de otro modo, todas las referencias y citas a los *Cuadernos de la cárcel* se refieren a la edición crítica del Instituto Gramsci a cargo de Valentino Gerratana y publicada originalmente en español en seis volúmenes por la editorial Era. En esta obra hemos utilizado la versión digital preparada para el estudio e investigación del pensamiento marxista por Euskal Herriko Komunistak y hemos hecho solo correcciones menores. En el presente trabajo también seguimos la forma reconocida de citar los *Cuadernos* del siguiente modo: C = Cuaderno; § = número de párrafo; 1, 2, etc., o I, II, etc. = número de una sección dentro de un *Cuaderno* o un

En el actual interregno histórico, un periodo liminal de esos que Gramsci describe acertadamente como una fase en la que “lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer” (C15, §5), un periodo hoy caracterizado por “fenómenos morbosos” en una crisis global de hegemonía que se intensifica post-2008, se hace imperativo revisitarse la obra de Gramsci. Este contexto, como bien lo señala el exvicepresidente boliviano Álvaro García Linera, es testigo de “oleadas y contraoleadas de múltiples intentos por dirimir ese *impasse*, hasta la consolidación de un nuevo orden mundial” (*Jacobin Revista*, 2024). Nos encontramos en un momento crucial, en el crepúsculo de la era de la globalización neoliberal, pero aun presenciando la proliferación y expansión de proyectos extractivistas en Latinoamérica, junto con formas renovadas de acumulación de capital que se entrelazan con variantes “paleoliberales” de represión y renovadas formas de fascismo. En este escenario, la lectura de Gramsci adquiere una urgencia crítica.

Gramsci nos ha legado, aunque de manera inconclusa, una teoría de la hegemonía que ofrece una explicación de cómo los grupos dominantes mantienen su poder no solo a través de la coerción y la violencia, sino también mediante la construcción de consensos morales, políticos y culturales, incluso en tiempos de crisis y lo que Gramsci llama “colapso moral”. En la era de la globalización neoliberal, donde las prácticas y discursos económicos dominantes se presentan como las únicas alternativas viables para la humanidad, la teoría de la hegemonía de Gramsci nos brinda las herramientas para desenmascarar críticamente la construcción y el mantenimiento del consenso dominante. Además, nos permite comprender cómo, ante el fallo o debilitamiento del control hegemónico, se vuelve posible ensamblar alternativas disidentes, críticas y rupturistas.

En el contexto filosófico y político contemporáneo, adoptamos una postura crítica hacia enfoques que se fundamentan en

párrafo. En todos los casos pertinentes también indicamos la fecha aproximada en que fueron escritos los textos.

una ontología social. En contraposición, privilegiamos una perspectiva que se alinea con una concepción dialéctica de la historia, tal como la conceptualiza Gramsci en términos de un “historicismo absoluto”. Esta orientación teórica nos impulsa a priorizar y profundizar en conceptos como la autonomía integral, la reforma intelectual y moral, la persistencia en lo negativo, la impureza de los significantes, y una teoría política que se sustenta en la noción de ensamblajes políticos y articulación democrática. Consideramos que esta aproximación proporciona un marco más robusto y coherente para la comprensión y análisis de los procesos históricos y políticos contemporáneos. Consideramos que esta es una forma coherente de extender la filosofía de la praxis.

En este análisis, abordamos la subalternidad desde una perspectiva que busca rescatar los elementos cruciales de la filosofía de la praxis identificados por Gramsci como la dialéctica entre la espontaneidad y la organización o dirección consciente. Gramsci articula esta dialéctica al sostener que “debe ser posible una reducción recíproca, un tránsito de uno al otro y viceversa” (C3, §48). Este argumento subraya que la espontaneidad, lejos de ser sinónimo de inmadurez o anarquía, representa en realidad una rareza, un fenómeno forjado a largo plazo que requiere ser cuidadosamente cultivado y desarrollado, portando intrínsecamente sus propias semillas rizomáticas de dirección consciente. La espontaneidad, para Gramsci, encarna la esencia del “acto político impuro”, manifestando la negatividad de la praxis en su forma más directa.

Es crucial entender que, paradójicamente, el potencial de lo espontáneo es proporcionalmente mayor en contextos de marginación y exclusión profundas. Esta dinámica no debe confundirse con meras disposiciones subjetivas que puedan dar lugar a una sensación de alteridad o diferencia dentro de los límites impuestos por la dominación. Tampoco es un fenómeno que emerja natural o automáticamente de condiciones de pobreza, hambre, o precariedad. La espontaneidad, incluso en contextos de marginación,

exclusión y pobreza, no es un fenómeno automático ni inevitable. Constituye, más bien, un estado de conciencia arduo de alcanzar y aún más desafiante de cultivar y desarrollar en forma de conciencia política. Por ello, la espontaneidad debe ser asistida, complementada y mediada por la disciplina, la organización y la articulación.

En este trabajo, partimos abordando la subalternidad, siguiendo a Gramsci, como una condición social históricamente construida caracterizada por el sometimiento, aislamiento, fragmentación y sufrimiento. Estas características pueden intensificarse hasta llegar a lo que Cornel West describe como el “nihilismo de la pobreza”, es decir, cuando la pobreza se consume a sí misma en formas que incluyen la depredación y degradación de la subalternidad por la subalternidad misma. Gramsci concibe la subalternidad no como el resultado de una única causa histórica o social, sino como una condición compleja, sobredeterminada y, en un grado importante, autoperpetuada. Los grupos subalternos, formados por estratos sociales heterogéneos y desagregados, están adaptados al conformismo, fatalismo y mecanicismo, y son influenciados por potentes y seductores mecanismos ideológicos que operan con narrativas problemáticas de la realidad social.

Gramsci inicialmente adopta la noción de subalternidad de la estructura jerárquica militar, pero luego la expande para referirse a un amplio espectro de estratos, grupos o clases sociales, que abarcan desde las mayorías sociales más precarias hasta segmentos relativamente privilegiados como el proletariado industrial y fordista. Gramsci enfatiza que la posición de estos grupos en la sociedad no se define únicamente por su lugar en el proceso de producción o en la división social del trabajo capitalista, sino también por la relación dialéctica entre estructura y superestructura.

Cada grupo social, emergiendo simultáneamente de sus posiciones en el mundo de la vida y de sus funciones en el mundo de la producción económica, crea simultáneamente capas de

intelectuales que le dan conciencia de su función no solo económica, sino también social y política. Este proceso es mediado por el conjunto de superestructuras de la sociedad, desde los aparatos ideológicos del Estado hasta las organizaciones no gubernamentales de la sociedad civil, de los cuales los intelectuales son funcionarios. Los/as intelectuales actúan como delegados/as del grupo dominante para ejercer funciones de hegemonía social y gobierno político, lo que incluye la construcción del consenso “espontáneo” de las grandes masas de la población hacia la orientación impuesta por el grupo dominante, así como el aparato de coerción estatal que asegura la disciplina de aquellos que no consienten. Los grupos subalternos, aunque menos prominentes dentro de un bloque histórico y social, son cruciales para el consenso dominante que legitima y mantiene el orden social estructuralmente desigual y excluyente. Su consentimiento es indispensable para mantener la certeza y estabilidad en las relaciones de propiedad, producción, poder y placer.

En el segundo capítulo de este estudio, profundizamos en la conceptualización de la autonomía, un tema central en el pensamiento de Gramsci. En el contexto actual, donde los proyectos extractivistas y las nuevas formas de acumulación de capital amenazan los medios de vida, la cultura, los territorios y el medio ambiente de los grupos subalternos, incluyendo pueblos indígenas, mujeres, activistas que defienden medio ambiente y territorios, la comprensión de las ideas de Gramsci puede proporcionar herramientas valiosas para comprender y construir formas de resistencia efectivas.

Definimos la autonomía como una condición fundamental para la emancipación y empoderamiento de las clases subalternas, que históricamente han sufrido opresión y dominación por parte de las clases y grupos de poder dominantes. La falta de autonomía se extiende más allá del ámbito productivo, permeando las esferas sociales y culturales más amplias. Tal condición resulta en una postura defensiva y reactiva continua ante las acciones de las clases dominantes, incluso en escenarios de rebelión. Por lo